

llamar así á la una y á los otros el gran número de hogueras nocturnas que el naturalismo ó el Druidismo hacía arder en aquellas costas y alrededor ó quizás en la cima de los túmulos.

Pero tocante á la isla sarda no se mencionan los círculos de grandes pedruscos aislados, los triángulos, los semicírculos, las avenidas ni los altares (1); y esta diferencia motiva otra suposición que no nos es dado pasar en silencio. Se puede conjeturar que dos razas distintas levantaron esas obras, y que si la una así en las Baleares como en Cerdeña erigió los edificios cónicos ó torres, que sobre doscientos á cuatrocientos palmos de circunferencia en su base todavía se lanzan á pesar de su desmoronamiento á veinte, cuarenta ó cincuenta de altura, la otra no visitó la isla itálica, sino que solamente en las españolas dispuso sus enormes mesas y altares y trazó con pedruscos sus misteriosas figuras. Cuál de las dos fuese la anterior indícanlo las consideraciones que sobre el destino de aquellos edificios exponremos, que todas hacen resaltar la antigüedad de los túmulos baleáricos y de las *noraghe*. Ni carece esta conjetura, á la par de las demás, de datos históricos también consignados en las dudosas tradiciones que son los restos de los anales primitivos de los pueblos. Cuéntase que un jefe éuskaro ó ibero llamado *Morax* ó *Norax* aportó á Cerdeña en tiempos inciertos con bastante número de compatriotas para fundar en la parte meridional la ciudad de *Nora*, la primera que tuvo la isla, y cuya identidad

(1) Decimos que no se mencionan, refiriéndonos á los escasísimos materiales que hemos podido adquirir para tratar de las *noraghe* de Cerdeña. La falta de libros históricos modernos es suma en España; y si se atiende á que las fuentes de esta parte de la historia general y de la arqueología se han de buscar en los escritos alemanes, ya se echará de ver que ni con toda nuestra buena voluntad podíamos vencer este obstáculo, cuanto menos escribiendo para un plazo fijo y con el ahogo que casi siempre acompaña á una obra que se reparte por entregas á medida que se compone. Carecemos del tratado sobre los monumentos cónicos de Cerdeña, que el Sr. De la Marmora promete al fin de su memoria citada: con todo, buena prueba es de que allí no existen altares ni círculos, cuando no los menciona al indicar repetidas veces la semejanza de las *noraghe* con los túmulos de Mallorca.

y existencia hoy han confirmado las inscripciones (1). Hay en la historia de la población primera de España un período, en que á través de la obscuridad y de la incertidumbre se divisa la lucha de una raza ya avecinada y conceptuada indígena, y de otra más poderosa que la arroja de gran parte del territorio. En esta época señalada, tal vez quince siglos antes de la era vulgar, la familia Euskara ó Ibera hubo de ceder la mayor parte de la península á la invasora Celta, y muchos de sus hijos emigraron con el nombre de Ligurios y Sicanos. La Bética, como porción la más fecunda y envidiable, debió de ser la que envió esas emigraciones (2); y si se tiene en cuenta la benigna influencia de aquel clima, que ha amansado y civilizado prodigiosamente todas las razas en cuyo poder ha venido, bien se concederá á los primitivos moradores del sur de España la capacidad de construir esos edificios colosales, que aunque pertenecientes á la infancia del arte por su sillería en seco, atestiguan considerable cultura en sus artífices. Aquellas costas fueron desde la más lejana antigüedad objeto de las tradiciones: el nombre de Tartesio suena entre los primeros de Europa; Homero, cantor de la historia oral, al parecer ensalza aquellos campos «donde los suaves hálitos de los céfiros marinos continuamente templan y refrescan la atmósfera (3)», país reservado á los favorecidos de los dioses; y si los Celtas, que con el nombre de Turdos reemplazaron allí á los Euskaros, gracias á la posición y propicia naturaleza de la comarca ya admiraron á los escritores de Grecia y Roma con la ancianidad de sus leyes, de su poesía y

(1) PAUSANIAS, que es quien lo refiere, coloca esta expedición mucho antes de la guerra de Troya: «... Post Aristæum Iberi in Sardiniam ex Hispania transmisserrunt duce Norace, á quo novam urbem Noram vocarunt. Et hanc primam omnium, quæ in ea insula fuerint, urbem norunt». *Accurata Græciæ descriptio*, libro 10.

(2) Parece que de las palabras del Sr. De la Marmora podemos inferir que en la *Ilustración de la lápida fenicia de Nora*, ó tal vez en la misma lápida, se habla de Sardo que habiendo partido de Tartesio aportó á Nora; pues al decir esto como por conjetura, cita en la nota la Ilustración y á su autor el abate Arri.

(3) *Odisea*, canto IV.

de sus riquezas (1), mientras sus demás hermanos del interior de España no se habían despojado aún de su salvaje ferocidad, ¿cómo negar á la anterior familia Euskaro-bética una civilización bastante adelantada para labrar esos monumentos? Además, vislúmbrense siempre en los principios más remotos las relaciones de Pelasgos y Tirrenos con la costa oriental de España; y pues han desaparecido de nuestro litoral no pocas ciudades, según toda probabilidad anteriores á la misma civilización turdetana, de las cuales apenas una vaga memoria quedaba en tiempo de los romanos, lícito es suponer á los Euskaros de la Bética no inferiores á los que las habían fundado y mantenido.

Sea como fuere, los túmulos por su figura y por su grandiosidad se diferencian de los otros vestigios que los circuyen; y si por una parte su masa imponente y gigantesca, y el tamaño y la colocación de sus pedruscos dicen lo lejano de su origen, por otra su mayor perfección y la dificultad de erigirlos en hileras casi horizontales revelan una cultura mayor y distinta de la que aquellos atestiguan: doble testimonio de que á unos y otros los fabricaron dos naciones diferentes, aunque tal vez oriundas de un mismo tronco, y de los usos también desiguales á que se destinaron.

Las tribus primitivas, amigas de la montaña, buscaron seguridad y fortaleza en las alturas, ó ya más civilizadas en las tierras llanas, mancomunaron sus esfuerzos en las ciudades; mas en ninguna parte sus casas pudieron ser jamás lo que esos monumentos. Las chozas y las cuevas abrigaron al principio á las más de las hordas que fueron poblando la tierra: á medida que, fijas en una comarca por una larga temporada mejoraron su estado, la necesidad las movió á echar mano para guarecerse

(1) Regionem á fluvio Bæticam nominant, ab incolis Turdetaniam, incolas Turdetanos et Turdulos... Hi omnium Hispanorum doctissimi judicantur, utunturque grammatica, et antiquitatis monumenta habent conscripta ac poemata et metris inclusas leges, á sex millibus (ut ajunt) annorum. STRABON, *Rerum geographicarum*, lib. 3.º

de los materiales que más á ello se brindaban; y los bosques inmensos de nuestra Europa les ofrecieron maderas con que labrar fácilmente sus viviendas. Si en Mallorca la agricultura cada día más próspera y su bien repartida población han destruído siglos hace las torres ciclópeas, allí llamadas *Clapers des Gegants*, de la misma manera que van destruyendo los que



MALLORCA.—CLAPERS DES GEGANTS

perseveran, y han hecho imposible una investigación fiel de las localidades; en Menorca, que por más apartada de los sucesos, y no tan fecunda ni poblada, las posee en mayor número y en mejor estado denominándolas *Talayots*, cerca de ellas todavía aparecen las cuevas á la par abiertas por la naturaleza y por la mano del hombre. Y pues tan ricas de selvas debieron de ser las islas, ¿no les era más fácil á sus primitivos moradores derribar los robustos troncos que arrancar de las canteras y transportar los pedruscos?

La religión, cimiento de todas las civilizaciones, es la cuna

del arte, y si todas las voluntades independientes en el estado semi-bárbaro sólo se reunían en el vínculo y centro común de un sentimiento religioso, únicamente la manifestación de este poderoso sentimiento podía aunar los esfuerzos de todos para levantar el monumento que había de simbolizarlo y transmitirlo á los venideros. La ciencia, el conocimiento de la belleza, de la armonía, de las leyes del equilibrio, estaban negadas á la muchedumbre y formaban el depósito del altar, hasta el extremo de entremezclarse en los dogmas y dar más adelante pie á las celebradas iniciaciones antiguas; y cual expresión de la concordancia del universo, el arte de edificar se atribuía á la inteligencia divina, á la cual en sus sistemas mitológicos figuraron los sacerdotes con los instrumentos materiales del arquitecto. La creencia en la inmortalidad del alma, común á todas las razas por más que la razón abandonada á sí sola la modificase y alterase en cada una con sus delirios, trajo la segunda aplicación del arte, bien como tan íntimamente ligada al sentimiento religioso y acorde con el poder divino; y ya que no le fuese dable á cada individuo encerrar sus despojos en un monumento, la nación ó la tribu levantó á los jefes esclarecidos y á los sacerdotes sepulturas que fuesen el común recuerdo de ella. Este origen sagrado queremos dar á las *noraghe* y á los túmulos baleáricos; mas no los juzgamos templos, sino sepulcros. La religión de la naturaleza, que era la dominante en la larga época que duró esa manera de construir, no abría sus santuarios sino en las entrañas de la tierra, en las obscuras cavernas de las vertientes, ó favoreciéndose de la sombra de los árboles seculares y sin más bóveda que la del firmamento practicaba sus ritos nocturnos al resplandor de las antorchas. Casi todos los pueblos primitivos labraron sus monumentos fúnebres en la forma de montículos ó de pirámides, aunque en ellos la naturaleza de los países primero, y después la costumbre les hiciesen emplear materiales diferentes: en los campos de la antigua Ilión el viajero contempla con respeto los túmulos donde tal vez

yacen los héroes *amados de los Dioses*; los cementerios etruscos han sobrevivido á las opulentas ciudades, que enfrente de las habitaciones de los vivos edificaron con tanto afán y con robusta y grandiosa mazonería las moradas de los muertos, cilíndricas en la base y cónicas en el resto; los Germanos, los Galos, los Belgas, toda la raza Céltica, ó señalaron con piedras gigantes las postrera mansión de sus caudillos, ó amontonaron encima de sus cadáveres esas colinas artificiales de césped, que las nieblas visitan como una triste corona; y pues los héroes escandinavos erraban de noche en torno de los sepulcros de los jefes con una lanza encantada que frustraba el poder de los caracteres rúnicos (1), y *turbando el silencio de la muerte con sus gritos de guerra llamaban los finados á la pelea* (2), abrían sus tumbas y arrebatában sus armas y sus alhajas, por analogía, por los rasgos iguales que en religión y en este punto se observan esparcidos en las más de las antiguas naciones, es lícito suponer que también una forma parecida marcó el lugar de su entierro. Con ella conciliaban los pueblos el carácter de fábricas sagradas á las sepulturas, pues al mismo tiempo que hacían prueba de su respeto á la creencia en la inmortalidad del alma, simbolizaban con la pirámide la sabiduría y la omnipotencia divina, cualesquiera que fuesen sus teogonías, y cantaban la miseria del cuerpo y el alto destino del espíritu poniendo aquella especie de templo sobre una tumba. ¿Por ventura las civilizaciones remotísimas de la Etiopía y de la Nubia, y la del Egipto, no nos dejaron de ello los testimonios más perfectos, más colosales y más elocuentes? No queremos hablar de los restos de túmulos y pirámides, que en el Nuevo Mundo alzaron en tiempos desconocidos las primeras razas pobladoras.

(1) Estas empresas son objeto de algunos cantos primitivos del Norte; y principalmente el islandés que tiene por asunto la evocación del héroe Angantyr por la amazona Hervor, particulariza las circunstancias mencionadas en el texto.

(2) Tomamos estas palabras del bello poema de SIR WALTER-SCOTT *Canto del último Trovador*.

En esas mismas civilizaciones las ideas admitidas acerca el destino del alma, su transmigración, la duración de los vínculos que la habían unido al cuerpo, quizás de una resurrección, motivaron la conservación esmerada de los cadáveres, que fué también común á los Etruscos; y una mera ojeada á la disposición interior de los grandes huesarios de aquellas y los hipogeos de éstos basta á patentizar que á este fin fueron erigidos. Las *no-raghe* sardas, no del todo estragadas por las injurias del tiempo y del hombre, todavía ofrecen los nichos que recibían los cadáveres; mas de las torres baleáricas unas se han hundido y cegado con los escombros, otras ya debieron de construirse terraplenadas, y en pocas algo conservadas se ven los pequeños aposentos que fueron el último asilo á los difuntos. En estas ábrese á considerable altura un espacio hueco, y al mirarlo se viene á la memoria el lugar superior que debajo de la cúspide del cono se reservaba en los sepulcros etruscos á la persona principal de las que en cada uno yacían. Las hay que por medio de piedras salientes forman en lo exterior una escalera, que va rodeando el cono, y no es raro que otra escalera le corresponda en el interior; otras, aunque desmoronadas en su mayor parte, conservan en lo alto una abertura como puerta: ¿sería ella la que utilizaba y unía entrambas escaleras? Al ser profanados y destruídos algunos de los túmulos que más íntegros habían permanecido, la azada del labrador arrancó de la tierra respetada por tantos siglos urnas y despojos mortales: testimonio clarísimo de su principal destino, aun cuando la historia no recordase que después de quebrantados á palos los muertos, los Baleares los metían en urnas encima de las cuales amontonaban grandes piedras (1). Ni se extrañe que tanto se arraigase en las Baleares esa costumbre, que cuando ninguna memoria queda

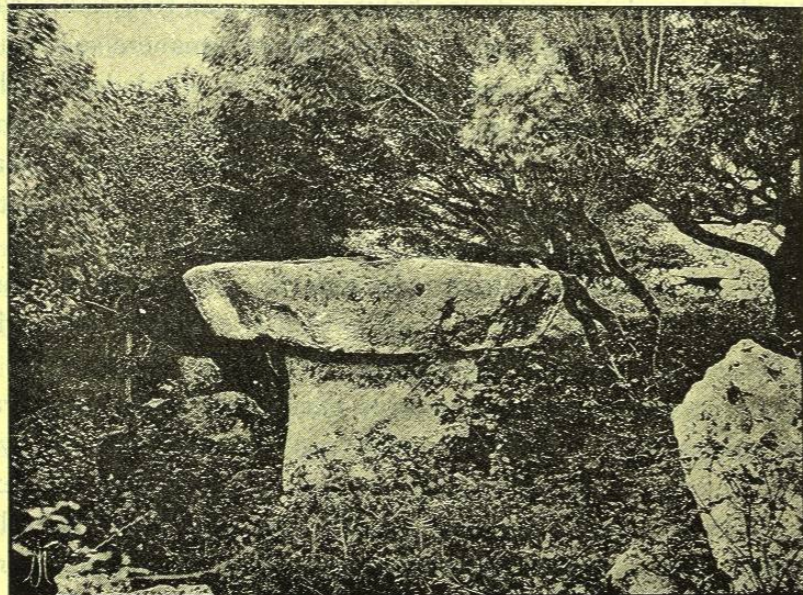
(1) «Privatim quid etiam et á cæterorum moribus alienum in defunctorum »sepulchris observant. Lignis enim membra corporis incisa, in vas conjiciunt, »supraque saxa accumulunt.» DIODORO SÍCULO, *Rerum Antiquarum*, lib. V, capítulo 6.º

en la península española de ella ni de tales construcciones funerarias, atravesase allí la dominación cartaginesa, y alcanzando la romana fuese consignada y transmitida por un escritor siciliano del comienzo del imperio: en el continente sólo un gran concurso de hechos y el continuo movimiento de las ideas bastan á traer mudanza en los tipos y en los usos; ¿qué sería en las islas, medio bárbaras, ajenas á ese movimiento, en las cuales todo convida á no desasirse de los hábitos ni de las tradiciones sancionados y fortificados por el tiempo? De esta manera se concibe cómo algunos de los túmulos pequeños, que alrededor de los mayores aparecen, tal vez marcan una época posterior; y cómo adulterado el culto de los Celtas por el trato de Fenicios y Cartagineses, coronaron los isleños otros de aquellos monumentos con un pilar que probablemente representó un ídolo.

No así vienen envueltos en la duda ni en tanta incertidumbre los altares y los recintos que hay al pie ó cerca de varias de las torres baleáricas: la antigua Armórica en particular y la Inglaterra, por no mencionar otros países del Norte, conservan esos mismos monumentos, aunque con nombres distintos y á veces con las mayores dimensiones que su mayor población exigía. Tampoco dejó la España de ofrecer uno de ellos en los tiempos antiguos; y harto sabido es que en el cabo *Cuneus* ó de Santa María los pobladores Céltico-galos habían erigido monumentos religiosos formados de tres ó cuatro rocas sobrepuestas (1). Únicamente en la menor de las islas los altares han podido atravesar los siglos; y si los *dolmen* de aquellas regio-

(1) «Et quidem regionem ei adjacentem Cuneum latina voce appellant. Ipsum »autem promontorium in mare procurrans Artemidorus, qui se ibi fuisse ait, na- »vigio comparat; et ad figuram accedere dicit tres exiguas insulas... monstrari »etiam ibi fanum Herculis: id quidem Ephorum finxisse. Nam neque Herculis aram »ibi esse neque ullius deorum, sed lapides multis in locis ternos aut quaternos »esse compositos, qui ab eò venientibus ex more á majoribus tradito convertantur »translatique fingantur. Fas ibi non esse sacrificare, neque noctu eum locum adire, »quod ferant eum nocturno tempore á diis teneri.» STRABON, *Rerum Geogra. ut supra.*

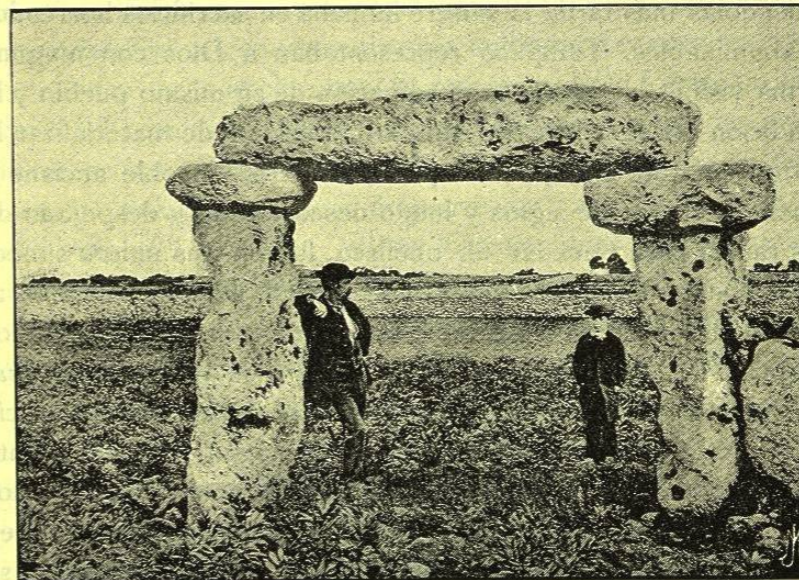
nes extranjeras se componen de una piedra plana sobre tres ó cuatro verticales clavadas en el suelo, á los de Menorca, más osados, bástanles una roca levantada á manera de pedestal ó columna y otra atravesada con admirable firmeza y equilibrio, y tres solos entre su gran número admiten doble ó triple apoyo. Variados en sus dimensiones, en lo cual también se asemejan á



MENORCA.—DOLMEN

los armoricanos y británicos, unos alcanzan á cinco ó seis palmos en su pedestal y en la longitud de la piedra atravesada, otros sobre una roca vertical de quince palmos de altura, doce ó trece de ancho y dos de grueso, sostienen una mesa larga de diez, ancha de siete ú ocho, y gruesa de tres á cuatro, mientras alguno descuella sobre los demás su pedestal de veinte y un palmo de elevación, doce de anchura y dos y medio de espesor, coronado de una peña plana larga de diez y ocho. En torno de muchos y con mayor ó menor diámetro gira un círculo trazado

con grandes piedras, si ya no acontece que en vez del altar ó *dolmin* se levante solitario en el centro un pilar monólito, á la manera con que en las naciones mencionadas aparecen los *menhir* ó *peulven* en el centro de los *cromlech*. A veces acompañan á los círculos grandes algunos menores; otras, bien que más raras, corren concéntricos; y para que la semejanza con los



MENORCA.—DOLMEN

*cromlech* sea de todo punto perfecta, no faltan recintos semicirculares, los hay que constan de *doce* pilares ó *peulven* algo separados el uno del otro, y otros pilares aun designan parte de las avenidas que conducían á esos cercados, ya en línea recta y en bastante número, ya simplemente por medio de tres que se corresponden dispuestos en triángulo.

Pues la más cabal igualdad en la disposición y en las formas es bastante á confirmar la identidad de la raza que dejó en países diferentes estas memorias, bien puede sugerir al entendi-

miento la del destino para el cual aquella las construyó; y si no á los Drúidas, autores de las que hay en aquellas regiones, ó á una religión de ellos emanada, ¿á quién atribuir las? Enemigos de los templos, esos sacerdotes celtas erigieron en la espesura de las selvas consagradas sus altares toscos y sencillos, sobre cuyas mesas de roca al principio se presentaron á la divinidad ó más bien á la naturaleza material ofrendas campestres, enrojeciéndolas más tarde la sangre humana en sacrificios horrendos y abominables. Tampoco representaban á Dios con ninguna forma visible; y cuando la imaginación de su mismo pueblo y la condición de su culto trajeron la necesidad de materializar la naturaleza ante los ojos, un pilar monólito, un roble anciano ó muerto á fuerza de siglos y luego descortezado y despojado de sus ramas para remedar un obelisco, fueron sus únicos símbolos. Cabezas del orden religioso y del civil, ellos convocaban al pueblo en los círculos sagrados así para los ritos como para los negocios de las tribus; y si en el centro se alzaba un *menhir* emblema de la divinidad ó un gran *dolmin* debajo del cual yacía un jefe celebrado ó un sacerdote, ¿qué imagen más imponente ni más poderosa á infundir respeto á los que rodeaban esos mudos testigos de sus actos? Ninguna inscripción grabaron en sus peñascos; mas si su culto era enemigo de la escritura y se placía en velarse con el misterio, como perteneciente al naturalismo suplíala con las figuras geométricas que trazaba. La unidad creadora se confundía por él en el todo creado, y el mundo era para los Drúidas como para la mayor parte de la antigüedad á un mismo tiempo casa de Dios y el Dios mismo. Si es cierto, cual todas las consideraciones inclinan á suponerlo, que esta creencia determinó en los orígenes del arte la distribución del monumento y su carácter simbólico, quizás por una práctica tradicional expresaban el orbe en el círculo ó en el cuadrado; el astro de la noche, lumbrera de sus ritos y de sus juntas, en el semicírculo; las divisiones del tiempo y las primeras nociones astronómicas en el número doce de los pilares ú obeliscos; y el

mundo completo como cielo, mar y tierra, la triple divisibilidad de casi todas las cosas, en fin la esencia divina, en el triángulo y en el número tres,—número y forma misteriosos que llevan consigo un no sé qué de significativo y sagrado, que en todos tiempos ha forzado al hombre, aun desconociéndolo, á mirarlos como los únicos propios para figurar á nuestra miserable comprensión aquella omnipotencia, aquella sabiduría infinita, y aquel amor sin límites que se engendran en un solo Sér autor de todo lo criado. Ese origen y ese destino hubieron de tener los rudos monumentos que explicamos: el respeto que los Celtas profesaban á las sepulturas, tal vez su alianza con los que les precedieron en habitar las islas, fuesen ó no estos ramificación de su raza, sin duda les movieron á aprovechar los túmulos para sus usos religiosos y civiles: no se extrañe, pues, que junto á los conos ciclópeos delineasen sus cercas simbólicas y vedadas, plantasen sus mesas, ó designasen para siempre con un alto *peulven* ó con un *dolmin* la tumba de sus héroes. Y si en la invasión céltica más antigua de que hay indicios históricos asoman en un cabo de la España piedras sobrepuestas como monumentos religiosos, también la más reciente abunda en rasgos vivos y característicos del druidismo, y los pueblos en quienes vino á concretarse el antes más extendido nombre de Celtíberos, á semejanza de los Drúidas sacrificaban en noches de plenilunio y festejaban con danzas á un Dios sin nombre (1).

Ya no existen en Mallorca las avenidas de pilares monólitos, letras primitivas con que escribió á la posteridad la fama de sus héroes, sus acontecimientos y tal vez sus ceremonias aquel culto enemigo de la escritura: los altares han sido derribados y rotos; el labrador va arruinando los pocos túmulos que quedan, é ignorante de lo pasado y viviendo con sencillez y confianza en la

(1) «Celtiberos ante, et qui ad septentrionem eorum sunt vicini, innominatum »quendam Deum noctu in plenilunio ante portas cum totis familiis choreas ducendo totamque nocte festam agendo, venerari». STRABON, *idem*.